

Héctor Fernández Soriano

3 de agosto de 2017

El equilibrio del macho

Las formas de división social.
Discriminación, ley e impunidad

En 1978, una escritora de 63 años que firmaba con el seudónimo de *Racoona Sheldon* ganaba el prestigioso (dentro del género de la ciencia ficción) premio Nébula por su relato “*The Screwfly Solution*”. El nombre de la escritora era Alice Bradley Sheldon (1915-1987), la cual también utilizó el seudónimo de James Tiptee Jr. durante sus últimos 20 años de vida. La mujer ganó a lo largo de su vida 12 premios, entre los años 1974 y 2000 y quedó como finalista en otras tantas ocasiones (o en alguna más, creo), siempre por su obra incluida dentro del género de la ciencia ficción, que variaba entre los formatos de novela corta y relato corto. Los certámenes concedían los premios Hugo, el ya mencionado Nébula (ambos otorgados por sendas asociaciones de escritores de ciencia ficción), además de otros galardones como el premio Júpiter o el SF Chronicle que se otorgaban a relatos y novelas cortas. Le fue concedido también el Premio Mundial de Fantasía a la mejor antología por *Tales of the Quintana Roo*.

Alice Bradley Sheldon, en un día de Mayo de 1987, dio muerte a su marido Huntington D. Sheldon de 84 años y después se privó de su propio hálito. Parece que fue un suicidio concertado y la mujer tuvo que ayudar a su marido, ciego y prácticamente incapacitado a abandonar este “valle de lágrimas”, antes de partir en pos suyo por ese larguísimo camino que nadie sabe a dónde se dirige.

Yo conocí la obra mencionada *The Screwfly Solution* a través de su adaptación para la pequeña pantalla (que, por cierto, cada vez crece más) realizada por el siempre interesante Joe Dante, para la serie creada por el director y guionista *Mick Garris* para *Showtime* “*Masters of Horror*”, y emitida por primera vez en los EEUU en el año 2006. Quedé especialmente impresionado por el relato y enseguida investigué quién era el autor original, lo descubrí y leí el relato de Racoona Sheldon que inspiró el episodio de TV. Tengo que decir que también me impresionó.

La *Cochliomyia hominivorax* es el nombre científico de la *screwfly*, en inglés: *gusano barrenador del ganado*, en castellano. Es un díptero que provoca por su ciclo vital una enfermedad llamada *miasis*. Las hembras de esta mosca depositan los huevos en heridas abiertas de vertebrados. Las larvas crecen dentro del tegumento y se alimentan del tejido dérmico hasta que alcanzan cierto estado de desarrollo en el cual rompen la piel para salir de nuevo del hospedador y así pasar el periodo de pupación en el suelo. Tuve noticias de una compañera mía de la facultad, también zoóloga, que sufrió una miasis durante un periodo en el que trabajó como cooperante en un país africano. Sin embargo fue muy probablemente a causa de la mosca *Cordylobia anthropophaga*, que también produce miasis, pero es oriunda del continente africano, mientras que *Cochliomyia* y *Dermatobia* son géneros del Nuevo Mundo. Lo interesante para Racoon Sheldon fue el sistema que se utilizó para el control de la plaga de estos insectos. Abreviando para no aburrir a los que no les apasionan los artrópodos (a mí sí me apasionan junto con otros muchísimos filos), se utilizó un método para manipular la reproducción del animal. En el episodio de *Masters*, creo recordar que un preocupado *Elliot Gould* explica que alteran el comportamiento del animal, afectando la atracción intersexual para el apareamiento, acabando así con la población al no producirse descendencia. En el caso real se utilizó un método que consistía en introducir machos estériles entre las poblaciones nativas (al final no he podido resistirme). El caso es que, si acabamos con la reproducción, por el método que sea, acabamos con la plaga, con la población y, si se hace extensivo a todas las poblaciones, con la especie.

En el relato, unos seres extraterrestres (recordemos que era un relato de ciencia ficción, y esto concede casi de inmediato la licencia de introducción de extraños seres de otros planetas en el entorno) encuentran un Planeta Tierra lleno de monos agresivos que han copado prácticamente toda la superficie sólida emergida del planeta, hacen bastantes pinitos por la hidrosfera y la atmósfera y han dejado la biosfera hecha un desastre, sin intención alguna por rectificar su bárbara e irreflexiva actitud. Como tienen pensado establecerse aquí y la mayor parte de estos superpobladores son un obstáculo (además de no tener muy merecido disfrutar de los recursos y bienes de la maltratada *Madre Gaia*), deciden quitarnos de en medio y luego ver si lo que hemos dejado se pueden arreglar ya... Para este menester, en vez de desplegar un ejército de naves lanza-rayos, recurren al menos vistoso (y vulnerable a los héroes de las fuerzas aéreas) método del control de plagas. Al igual que nosotros hacemos con las molestas moscas, los habitantes de XZG2357JL (por llamarlos de algún modo) deciden atentar contra los hábitos reproductivos humanos. El escalofriante método transforma a los

humanos machos en el producto de dos tendencias: una principal de misoginia extrema asesina y una secundaria de desorbitado fervor religioso, para justificar los horrores que estos super machos perpetran en sus compañeras, amigas, madres o hijas sin distinción ni consideración a la proximidad genética o la simple empatía. En efecto, en poco tiempo todas las mujeres del planeta son asesinadas sin compasión por unos fervorosos super machos que, inconscientes de que han firmado su propia sentencia de muerte, alardean del placer que produce la caza de la zorra, a la vez que creen cumplir con un designio divino. Y bueno, la tradición judeocristiana a través del Gran Libro, ayuda mucho. La mujer, costilla del macho, lleva al hombre, todo santito e ingenuo él, a la perdición, utilizando las seductivas tretas sugeridas directamente por un ofidiomorfo Pedro Botero (el mal). Por supuesto la vía es el acto impuro, el sexo. La mujer nos tienta utilizando el método que el propio Creador idea para largar lo de “creced y multiplicaos” segundos¹ antes de darse cuenta El Infalible de que ha metido la pata, y nos ha dado un abyecto método diabólico para tal fin. Como no va a reconocer su error, la paga con la mujer y pone al hombre de currante. Hay que reconocer que la Historia Sagrada pone bastante fácil la caída en ese fervor que incita a liberar a la especie humana de la innata iniquidad de la mujer, que lleva el estigma del diablo entre sus piernas y nos pone como motos, para luego decirnos que no podemos copularlas a nuestro antojo.

Los hombres de, más o menos, todas las culturas “modernas”², orientales, occidentales, septentrionales o meridionales, hemos crecido en un entorno social machista. Esto es realmente simple: se nos inculca desde pequeñitos que:

- Los hombres y las mujeres son diferentes más allá de lo anatómica y fisiológicamente obvio.
- Lo diferente es malo. Hay que erradicarlo, marginarlo, segregarlo... esto vale también para los que no son de aquí³.
- De entre las muchas diferencias que caracterizan al “sexo debil”, destaca obviamente su debilidad. Esta es no sólo física, sino también mental. Las mujeres no piensan más que en

¹ O eones: recordemos que estamos en una época “indeterminada temporalmente”.

² No digamos de las “antiguas”, con la excepción de las sociedades matriarcales, cuya sombra se pierde en los albores de las primeras civilizaciones en occidente, anteriores a la invasión de los aqueos y las tribus griegas.

³ “Aquí” es de donde somos, es decir, es mi pueblo, o mi ciudad, mi país... Por consiguiente y dependiendo del aprendizaje de hombre, “aquí” es para unos Cava dei Tirreni, para otros Madrid, para otros Inglaterra, para otros Frankfurt, etc

comprar zapatos. Es decir, son esencialmente inferiores, como lo es un negro para un miembro del Ku-Klux-Klan.

- Como las mujeres, en su estulticia congénita, aún son capaces de ver su natural incapacitación y desventaja, recurren a tretas para obtener privilegios más allá de los que les hemos, magnánimamente, concedido (por ejemplo, si tiran un pañolico, se lo recogemos). Para ello utilizan fundamentalmente el sexo (esas explícitas promesas sexuales que emanan de sus minifaldas y escotes) y algo que se podría denominar el *malmetimiento*. Esta palabra creo que no existe, pero no encuentro nada mejor para definir esa estrategia, demoníaca también, mediante la cual la mujer, al no ser permitida su plena participación en la vida social humana, termina sembrando el caos, la cizaña, el malentendido y convirtiendo una viril experiencia aventurera en un infierno con malheridos, víctimas de los estragos que el “malmetimiento” causa en combinación con la testosterona y el alcohol. Es por esto lícito que si una mujer se excede e intenta, por ejemplo “malmeter”, insistiendo en expresar su opinión en una reunión donde hay hombres, se la devuelva a su lugar, por ejemplo, con una buena hostia.

- Un hombre que quiere ser mujer, no es ni gay ni homosexual ni nada de esto: es maricón. Y es despreciable por renunciar a su masculinidad, que es lo mejor que existe. Se le puede pegar, pero si deja que nos riámos de él y hagamos chistes sobre su recto, se le perdona por el buen rato. Es fundamental evitarlo en nuestros hijos (e hijas), porque es una enfermedad que dificulta notablemente la natural reproducción, y además está muy mal visto. La virilidad es un gran privilegio, y renunciar a ella uno de los peores pecados. Si, debido a malas influencias siempre, se siente alguna vez la tentación o incluso la compulsión de succionar un pene ajeno o acogerlo en el recto, se rechaza inmediatamente esa idea y se disimula llamando maricón a otro que caiga mal. A ser posible, se concluye la farsa apaléandolo para convencer a los viriles amigos y familiares del odio a la homosexualidad y de que jamás se daría la ocurrencia de chupar penes ni hacer accesible el ano a ellos.

- Esto es así y no de otra forma.

Pues, con algunas salvedades, supongo, en ciertos entornos en que algún modo de educación superior ha paliado (según me han dicho, hasta hacer desaparecer) estas grandiosas máximas educativas, los hombres, hechos a imagen y semejanza del Creador, los portadores del pene que escupe por igual orín de cerveza y semen de placer, nos tenemos que tragar, aunque en muchos casos insulte gravemente a nuestra inteligencia, estos axiomas del testículo.

Por supuesto eso no nos convierte en víctimas, aunque muchos se empeñen en ello, si nos comparamos con las que realmente sufren las consecuencias de tan enorme despropósito irracional, que son nuestras sufridas compañeras: las mujeres.

El machismo es una forma más de discriminación, que crea división e incomprensión en nuestras sociedades. Se mantiene en equilibrio no muy estable desde el punto de vista del derecho, con una difusa ilegalidad, con múltiples “escapes” legales en el mejor de los casos, y con leyes claramente discriminatorias en el peor de ellos. Cabría esperar que tales normas injustas (o, en ocasiones, el aprovechamiento de la falta de leyes justas que regulen el abuso) fueran un artificio exclusivamente achacable a los hombres. Por desgracia, casi inexplicablemente, existen algunas cómplices de su propia desgracia.

Sin embargo sí quiero hacer un llamamiento a la comprensión de nuestras amigas con la observación anterior. No se puede *pedir peras al olmo*⁴. De algún modo es comprensible - aunque no excusable, sobre todo en sus manifestaciones más repugnantemente violentas o despectivas - que una criatura de corta edad, que en tiempo evolutivo hace 4 días que salió de una caverna, lavado el cerebro con mentiras tan agradables -para él- y consensuadas, y sufrido luego un periodo educativo planificado y estructurado por gente que no cree en la educación, termine siendo algo que no sea alguna suerte de tarado. Y naturalmente, pagar sus complejos y frustraciones con quien, por convenio, está para ello, es demasiado tentador para lo que se conoce vulgarmente como un “cabeza de chorlito”. Espero que el/la lector/ lectora entienda también que en este artículo utilice tan rancio eufemismo para referirme a, por ejemplo, un violador, ya que seguramente la expresión que les viene a la boca es más ruda, pero adecuada. Pero intento no ser grosero aquí, pese a que la indignación y la vergüenza me tienten. Y, la verdad, siendo rigurosos y objetivos, es verdad que en el fondo la deficiencia y por tanto la “cabeza de chorlito” es propia de ellos.

La consciencia (de la existencia) de los problemas de género y la consciencia (y postura) frente a ellos

Me atrevería a lanzar el siguiente aforismo, aún a riesgo de sentir la crítica indignada de algunos. Y, con mis disculpas por anticipado, ya que dicha crítica y muy posible indignación estaría también justificada, dado el insulto que supone para los hombres respetuosos: creo firmemente que si no la totalidad, un número muy cercano a esta de la población masculina

⁴ También utilizable el consabido “de ande no hay no se pué sacar”.

de mi generación, la de mis tíos, padres y abuelos, al menos en España, somos, en el fondo o ya en la superficie, machistas. La resistencia racional a tan execrable lacra social es dura, incluso para las mentes más entrenadas: son décadas de chistes, amigos graciosos (con los que contribuimos en complicidad), frustraciones y problemas más fácilmente culpabilizables en ese falso e inculcado carácter estúpido-maligno de todas las féminas, películas, libros, comentarios de tipos supuestamente adecuados... Somos muchos los hombres que, avergonzados y además ya más que hartos, rechazamos esta condición y nos definimos como no machistas o feministas. Pero en el fondo, lo somos. Se demuestra en, al menos los más resistentes, “esos pequeños detalles”: aquello que las mujeres califican de “micromachismos”. No es hipocresía en la mayoría de los casos: son reminiscencias, costumbres mal erradicadas, o detalles no erradicados en absoluto. Además, las mujeres machistas (que por cierto, abundan y constituyen un problema grave también), ayudan mucho a los hombres a olvidar ciertas adquisiciones y hacer aflorar desde el fondo cosas que estaban ya presuntamente aletargadas o incluso muertas. Los machismos de las mujeres aquejadas de “princesismo” son muy frecuentes, así como el apoyo institucional y político de mujeres a la postura abiertamente machista de sus compañeros de partido o de escaño. Es divertido, hasta cierto punto, ver a mujeres defendiendo en el congreso a un compañero que, en su discurso, lanza el implícito mensaje de expulsar a su propia compañera y defensora de su puesto y dejarla relegada a las labores domésticas. *Sus labores*, como solía constar en los currículos de las “amas de casa”.

Una cosa es la conciencia propia del machismo y otra la conciencia de que los problemas de género son reales. Un machista renegado puede ser consciente de que lo es y no dejar escapar al “diablo que lleva dentro”⁵ desarrollando una postura, mayormente, solidaria con sus compañeras. A veces, como un Harry Haller *cutrillo*, sucumbe, y entonces ve como el infame lobo estepario le sonrío desde su interior, mostrando sus alargados caninos de carnicero machista.

La falta de conciencia de que los problemas de género existen realmente y siguen siendo de una gravedad extrema aqueja a personas preparadas, inteligentes e incluso concienciadas respecto a la lucha contra las discriminaciones y los abusos sociales. Muchos de ellos viven en un “mundo ficticio”, una torre de marfil en la que los sitúa su estatus burgués acomodado: tienen sus fuentes de información, supuestamente fiables y sus relaciones sociales, que beben de las mismas fuentes. Estos, incansablemente, corroboran que la segregación y la discriminación machista es algo del pasado, que hoy en día eso está olvidado y zanjado y que las feministas son una panda de histéricas exageradas, los típicos descontentos que nunca están satisfechos con nada y quieren llamar la atención. Como son personas inteligentes,

⁵ Dramática metáfora aceptada por algunos super machos que reconocen que resistirse a la tentación de la vulva susurradora es verdaderamente insoportable, horriblemente sacrificado y, a la postre, inútil.

cuando alguien les da la “píldora roja”⁶, despiertan como de un letargo y entienden que, efectivamente, se habían dormido y perdido algunas cosas.

En su libro *We Should All Be Feminists*, la autora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie, relata una anécdota, tan reveladora como lo es el resto del extraordinario ensayo, acerca de esta misma cuestión. Un gran amigo suyo, culto e inteligente, se extraña ante el talante y la conciencia feminista de su amiga, alegando que la discriminación de género es “cosa del pasado”. Un pequeño detalle por parte de un camarero, que da por sentado quién tiene que pagar la cuenta, saca al hombre de su inconsciencia, cuyo rostro se ilumina con la repentina comprensión.⁷

La inconsciencia de los problemas sociales, los intereses e infiltraciones de ideas malintencionadas y anécdotas o hechos falsos, las malas interpretaciones etc. se unen a los ya difíciles de erradicar prejuicios y crean un tremendo caldo corrupto de confusión. Para colmo, estas actitudes intolerantes y violentas provocan en las exhaustas víctimas resentimientos y odios ante tanta agresión, lo cual contribuye aún más al caos. Los partidarios de la discriminación y el abuso están a sus anchas con este caos... les beneficia.

Esta ruina moral y racional hace que haya gente que al final adopte posturas absurdas, incapaces ya de gestionar tanto desatino con coherencia. Gente que se ha mostrado siempre partidaria de la desmitificación del sexo y de la abolición de prejuicios y represiones, de repente empieza a ver sexismo en todo, incluso en el propio sexo. Pero el sexo es algo natural, saludable y sin duda apasionante y no implica ningún tipo de discriminación ni abuso. Es la represión sexual la causante de muchos de los problemas que generan, precisamente, la violencia de género. Sin embargo en un entorno de inmadurez social evidente, el desenfado en lo que se refiere a tratar el sexo como algo natural y no como tabú, lleva a algunas personas a confundir terriblemente las cosas. Que una persona exprese con total libertad que adora tener relaciones sexuales, no implica que esté acosando ni menospreciando a nadie. Pero hay una línea, y esta vez no tan delgada, que separa la libre manifestación de un deseo legítimo y el acoso. A toda persona sana le gustan otras de distinto o del mismo sexo. Es natural y yo diría que hasta saludable que esta perfectamente natural tendencia no se oculte como si fueras portador de una lacra horrenda. Si te gusta una mujer o un hombre, es perfectamente normal que te excite sexualmente, que disfrutes con su visión y que su voz te resulte extrañamente sugestiva. Recrearse en tal placer no es acoso. El acoso empieza cuando tu manifestación de tal sensación natural se excede y termina molestando abiertamente a la otra persona (la admirada), y entonces no optas por sustituir la contemplación por la más discreta reflexión para evitar molestias innecesarias. Cuando esta molestia es expresada

⁶ “Toma la píldora azul: el cuento termina, despiertas en tu cama y crearás lo que quieras creer. Toma la píldora roja: permaneces en el país de las maravillas y te mostraré qué tan profundo llega la madriguera. Recuerda, todo lo que estoy ofreciendo es la verdad, nada más.” es la frase con la que el personaje de Morpheus, indica a Neo que puede elegir entre el paraíso de la inconsciencia o la incertidumbre, la zozobra e incluso el dolor de la verdad, en *The Matrix*, Warner Bros. Pictures, 1999.

⁷ Absolutamente recomendable lectura. De hecho, les insto a abandonar ahora este mismo artículo y leer el clarividente ensayo de esta autora, si no lo han hecho aún. Luego, si quieren, vuelvan a esto, aunque me temo que tendrán la fuerte sensación, si lo hacen, de haber aclarado ya lo suficiente el asunto.

verbalmente y con la mayor claridad, y el “admirador” insiste en su actitud, e incluso la acompaña con gestos o comentarios groseros, entonces la maravilla se transforma en apesosa e irrespetuosa actitud acosadora. Todos sabemos perfectamente que, como a cualquiera, a una mujer le puede gustar ser apreciada, pero todas odian que se las desnude con la mirada y se las importune con frases soeces. Ni que decir tiene que si de esto ya se pasa a los tocamientos no autorizados, el disgusto y la repugnancia es ya mayúsculo. El que no sepa esto o incluso crea lo contrario (que disfrutan), es que, o no ha establecido jamás comunicación alguna con una mujer (yo diría incluso con un ser humano del sexo que sea), o es, simplemente, un cretino. Esto lo sabemos, insisto, todos. No valen excusas. La prueba es que si la acosada de tal modo es nuestra novia, nuestra madre o nuestra hermana, el agravio es mayúsculo. ¡Si les gustara no habría agravio alguno! Al contrario, iríamos a dar las gracias al acosador por tener tal deferencia con ellas. Otra prueba de que esto sucede fundamentalmente en la relación hombre-mujer, es que los homosexuales son más libres de bromear y tener actitudes que, en el caso de los heterosexuales, serían consideradas de mal gusto. Esto es, quizá y a riesgo de generalizar demasiado, porque un gay o una lesbiana no espera a priori de su pareja o pretendiente una actitud despectiva o abusiva, ya que es considerado él como un hombre y ella como una mujer, pero por otra mujer. No existe esa terrible hipersensibilidad que ha creado tantos siglos de desprecios y abusos (se entiende que entre ellos: los abusos de algunos supuestos heteros hacia los homosexuales son otra lacra intolerable). Generalmente el gay acepta la broma soez de su compañero (o de su pretendiente) como muestra de desenfado, falta de prejuicios y libertad ante una relación legítima aunque también mal vista por muchos. Pero las mujeres, viniendo de los hombres, no se muestran tan confiadas. Y no les falta razón. ¿Qué esperamos que crean?. El otro día la actitud de unos tipos en un bar con la joven camarera (para colmo extranjera), me produjo una sensación tan desagradable, una mezcla de vergüenza, ira y tristeza que seguramente podría rivalizar con la de la joven (y encima seguro que también mal pagada) camarera, que encima tenía que hacer ostensiblemente de tripas corazón y sonreír, no fuera a ofender a tan insignes clientes y se viera, para colmo, de patitas en la calle. Insisto. No era el espectáculo de unos alegres jovencitos “tirando los tejos” de forma sana e inofensiva a una también joven y divertida trabajadora. Ni mucho menos. Era un claro y patético intento de provocación de una imposible escena sacada de la más pobre producción pornográfica, un regodeo en la humillación y un desprecio notorio hacia una mujer que además, estaba trabajando. Lo que me pregunto es: ¿cual es la consciencia real de estos individuos acerca de sus actos? ¿Hasta qué punto son conscientes del mal que crean? Si saben que no están proporcionando placer, precisamente, a esta mujer, ¿por qué lo hacen? ¿Creen que es sólo una broma sin importancia, que el disgusto de la mujer es solo una “pose”? ¿Piensan que se exagera por algo que es normal y que siempre se ha hecho y “no pasa nada”? ¿o realmente creen que se “hacen las estrechas” pero que disfrutan con ello? Si es este último caso, deben saber con toda prontitud que razonan como un violador (si es que a eso se le puede llamar razonar), o sea, como un delincuente de la peor calaña y que tienen un problema gravísimo que deberían no tomar a la ligera.

Un hombre sensato debe ser consciente primero de que hay un problema: el problema de la discriminación y la diferenciación social del género. Debe ser consciente de que afecta a la mujer como principal perjudicada, y no debe intentar equipararse como víctima. Debe ser consciente de que él es parte del problema, y parte fundamental, además. Debe ser consciente de que machismo y feminismo no son términos homólogos, ambos en los extremos de una clina o variación continua de tendencias y comportamientos, en la cual en el centro está el justo y cabal equilibrio: machismo y feminismo no son homologables, no son la misma cosa con formas contrarias o distintas. Miren los diccionarios. Se definen como cosas distintas, esencialmente, porque los son. Un hombre sensato debe ser consciente de que los problemas que nos dividen son ya muchos y excesivos para una especie que basa su permanencia en el planeta en mantener sociedades cooperativas. Partir además la especie en hombres y mujeres y crear un abismo insalvable entre ellos es, probablemente, una catástrofe inmoral y de efectos de incalculable gravedad. Un hombre sensato debe ser consciente, pues, de que debe empezar a ser parte de la solución y no del problema, que debe resistirse, luchar si es que no puede reprimirlo realmente, contra el siniestro Mr. Hyde del pene enhiesto y la cuchilla en la mano, porque el que merece la pena es el científico Jekyll, y solidarizarse con nuestras amigas y compañeras en este largo y difícil camino de la vida. Seguro, muy seguro, que merecerá la pena.

Las consecuencias de la discriminación. La solidez social. El rechazo social y el “intrusismo” o impostura

Una sociedad cooperativa compuesta por miembros que fomentan la desunión es inestable y está amenazada en su estructura más básica. Precisamente la diversidad de direcciones y sentidos que establece la cooperación, a diferencia de la unilateralidad del individualismo, hace que sea necesario no romper, precisamente, los vínculos que permiten ese “multi-mutualismo” que permite el beneficio común. Esto es tan de sentido común como afirmar que si queremos unir dos o más piezas y para ello necesitamos un adhesivo o factor de cohesión, no debemos introducir un disolvente de dicho factor, o las piezas no se unirán.

Me atrevería a afirmar que nuestras sociedades han envejecido demasiado pronto y además, mal. Es cierto que el hombre, tal y como lo conocemos, es una especie reciente y por lo tanto sus concentraciones gregarias, sus poblaciones y sus sociedades más o menos desarrolladas llevan “poco tiempo”, si las comparamos con las estructuras y organizaciones de otros seres vivos, más antiguos en comparación. Retomo entonces mi reflexión anterior y la matizo: “es demasiado pronto para saber “ o “podría ser sólo el principio” parece más adecuado al caso. Todo podría dar un giro inesperado. Pero la impresión que dan nuestras modernas sociedades es más parecida a la de un decrepito y enfermo ente, prematuramente envejecido y viciado, que la de un adolescente desenfadado con toda una vida por delante. Los abismos entre los

pueblos, las razas, los géneros y los portadores de ideas se vuelven cada vez más anchos e insalvables, como las arrugas cada vez más pronunciadas de un anciano diablo.

En su obra “Sueño en el Pabellón Rojo”⁸ el insigne autor chino Cao Xueqin escribió la máxima que, en boca de uno de sus personajes principales, describe la decrepitud social de la decadente dinastía Qing y el peso de la apariencia: “un ciempiés permanece en pie aunque esté muerto”. Ante la insistencia de los inagotables defensores de nuestras modernas sociedades en el argumento del “pero funciona” o “pero aquí estamos” la contundente sugerencia del autor chino acerca de lo que puede parecer algo y lo que es en realidad podría bastar. La estructura muerta y de sostén de algo casi extinto podría mantener una edificación en la cual la vida y la cohesión necesaria para el mantenimiento y el crecimiento orgánico, que originó tal edificación, se encuentra en estado moribundo, enfermo. Podría incluso morir y que, desde fuera, pareciera entero, firme, e incluso con una manita de laca, esplendoroso. Sin embargo, la dinastía cayó y el ciempiés se dio, al fin, por muerto. Hoy en día el individualismo y la falta de solidaridad han determinado sociedades en las que los problemas derivados de las desigualdades entre los grupos humanos, lejos de solucionarse, se vuelven crónicos y agudos. Estamos cada vez más lejos de ese estado orgánico que Hegel predijo con su optimismo triunfante: el fin o la finalidad, el destino al que apunta la sociedad humana cambiante en el proceso de la historia. Más bien parece que estemos en un tren a punto de estrellarse en el que los pasajeros de los primeros vagones gritan y patalean ante el inminente y fatal choque, mientras una minoría sorda e inconsciente sigue su festejo en el último vagón. Las mujeres de nuestra especie superan a los varones en proporción. Eso quiere decir que estamos marginando ya de por sí a más de la mitad de la población humana. Si a eso sumamos que más de las tres cuartas partes de la especie es pobre frente a una minoría que acumula la riqueza, que se extiende la creencia de que el éxito o el fracaso residen en los mismos lugares del genoma que están determinando la raza (o, ¡horror!, la clase), que mi Dios es mejor y más chulo que el tuyo, etc y a la vez pretendemos ser los salvadores de la humanidad, es que o estamos locos de atar o somos la peor clase de hipócritas, falsos y fraudes que se ha visto jamás.

En una obra sobre sociología del filósofo Bertrand Russell⁹, el clarividente maestro establece la importancia del “rechazo social” en la determinación de pautas más o menos generalizadas y aceptadas en los grupos humanos. De forma general, puede haber actitudes que provoquen “rechazo” en nuestro entorno inmediato, y esto nos inste a no adoptarlas, aunque no estemos convencidos de su inadecuación. Si bien es cierto que determinadas corrientes derivadas del progreso “real”¹⁰ en nuestras sociedades produjeron en su momento “conciencias” que

⁸ Una de las obras maestras de la extensísima literatura china, escrita en el siglo XVIII.

⁹ *Human Society in Ethics and Politics*. Traducción de Ediciones Cátedra, S.A. 1993. Editado por Ediciones Altaya, S.A., 1995. También hace mención al problema en cuestión en *The conquest of happiness*, Unwin Imán Limited, 1930, traducido originalmente para su edición de 2003 de El País, S.L. por Random House Mondadori, S.A.

¹⁰ Referido al progreso en las ciencias, el pensamiento y sus más inmediatas consecuencias como pudieran ser la tecnología, el abandono de falsos axiomas o principios absolutos, la desaparición paulatina de los prejuicios y la adquisición de bienestar, etc.

alejaban a antiguos y obsoletos discriminadores, también es cierto que este rechazo social abonó el terreno para los intrusos oportunistas que vieron en un falso cambio de actitud una ventaja, ya que de lo contrario eran rechazados. Este es el caso del “falso progresismo”. De este modo, y en el tema que nos ocupa fundamentalmente, aunque no solo, surgió de entre las filas de los más rancios piropeadores y acosadores sexuales una nueva clase de pro-feministas, que vieron así más fácil integrarse entre los grupos de gente más joven y desvinculada de tradiciones machistas. Dicho de otro modo: ligaban más yendo de pro feministas que de “super-machos”. Sin duda esto favorece la reproducción (al igual que la heterosexualidad, como aseguran algunos sacerdotes y defensores de la “normalidad”¹¹). Solo hay un problema. Es mentira. A la postre los intrusos deshacen la confianza que los ingenuos nuevos hombres y mujeres depositaron en sus compañeros, al verse mezclados con los falsos lobos con piel de cordero y verse asimismo traicionados, cuando estos ya habían conseguido lo que querían. Los “intrusos” crean seres egoístas, individualistas, desconfiados y ya incapaces de dar su brazo a torcer o hacer algo por alguien, donde había conciencia de solidaridad y humanismo. El “rechazo social” es un arma de doble filo, si no está acompañado de una auténtica conciencia basada en una educación y una cultura muy elevada. Si no somos capaces de discernir a los honrados de los fraudes, el final es la creación de más individualismo, más desunión, en una actitud de desconfianza en los demás por culpa de estos “infiltrados” que aboca a una filosofía del “cada palo que aguante su vela”. Esto, a la postre, no favorece la reproducción precisamente, ni la solidaridad y la cooperación con la pareja con la que tendrás que criar a los hijos, ni fomentará el altruismo en estos hijos. No beneficia en nada a nuestras sociedades.

Las actitudes deben ser reales, y el reflejo de una verdadera conciencia, basada en el conocimiento adquirido con criterio suficiente. Las apariencias al final crean decepción y la comodidad lleva a mucha gente a asumir esto como excusa para no luchar por algo mejor y a culpar de los propios fracasos a quien no debe. Es un buen germen y caldo de cultivo para las represiones, los comportamientos discriminantes y la violencia. Es terreno abonado y listo para el cultivo del machismo.

La actitud más sabia o la menos dañina.

Ante la firme voluntad de los enemigos de la razón de tergiversar todo argumento que difiera de sus ideas, que derivan más de sus emociones por regla general, la defensa de los colectivos menos favorecidos en nuestras justísimas sociedades meritocráticas y nuestros “estados de derecho” suele ser atacada sistemáticamente. Se suele hablar de posturas demagógicas (por los más demagogos) o de populismos, para designar, según ellos, ideas simples que tratan solo de conmovir y ganar de esta forma adeptos o gente falsamente adoctrinada. Debe ser que ver morir niños en una guerra o presenciar con una frecuencia extenuante cómo se asesina o

¹¹ Teniendo en cuenta que la tecnología hace tiempo que nos brinda la posibilidad de una reproducción no tradicional o sin cópula entre individuos, y los problemas de superpoblación, en realidad la natalidad no debería ser una de nuestras principales pesadillas.

maltrata a alguien porque no es igual que el agresor no son hechos que deban conmover a nadie. Defender a las víctimas crea a su vez un victimismo ridículo en los agresores, que después de llamarte demagogo, aseguran que ellos sí que son desgraciados al sentir el rechazo de la gente (por haber abusado de ella). Es como si el esclavizador se rasgara las vestiduras ante su desgraciada situación, porque los esclavos a los que despelleja a latigazos le odian. Los amantes del término “populismo”, usado para tratar de lanzar al fango de un solo golpe al adversario que defiende la dignidad humana, se burlan tratando de establecer que no apoyar los abusos o, directamente, los asesinatos es una falsa postura humanista, un “buenismo” para pretender una supuesta superioridad moral. Sería fantástico que luego no defendieran preceptos supuestamente morales cuando les benefician a ellos: pero claro está, no es así. Solo están defendiendo sus intereses, que a veces exigen horribles sacrificios en los demás para su consecución.

Si entender el sufrimiento ante la discriminación implica para algunos que tenemos que dar la razón ciegamente al discriminado, entonces tampoco han aprendido ni entendido nada. Por supuesto las mujeres, como cualquier persona, se equivocan, tienen actitudes egoístas y algunas son dominantes e incluso criminales como son algunos hombres. Por supuesto que no se trata de exculpar las barbaridades que puedan cometer, por el mero hecho de ser mujeres. Esto es una estupidez. Pero algunos creen que defender es rendirse y que bajar la guardia es siempre un error. Ante tanta incompreensión, tergiversación y, directamente, odio mal disimulado, es difícil establecer o aconsejar sobre la actitud más conveniente, teniendo en cuenta que no vivimos aislados, y mal que bien nos toca lidiar con el prójimo a diario. Generalmente, en nuestro mundo humano, ponerse del lado del más débil suele terminar mal porque, precisamente, el más débil no está en condiciones de corresponder defendiendo a nadie. Normalmente los seres altruistas, los cooperantes, los solidarios y los dispuestos a ayudar a los demás se terminan quedando solos ante la adversidad, viendo cómo las esperanzas de sus defendidos se escurren entre sus dedos como arena. El triunfo del “más fuerte” corrobora su supremacía, que a veces pretende trascender, patéticamente, a lo moral. La victoria de los más desfavorecidos, me temo, está aún lejos.

Si defiende usted a los desfavorecidos, será usted un perdedor y, con seguridad, le tacharán de envidioso por el éxito económico y social de otros. Si defiende usted a las mujeres, les dirán seguramente que es usted un calzonazos cobarde, un sumiso que pretende que ahora nos dobleguemos ante las mujeres, que parece que lo que quieren es someternos y reducirnos a meros productores de semen. Que se presten o no oídos a estas sandeces dependerá de cada cual. Es más que evidente que quien asegura esto, o no se ha enterado de nada, o alberga oscuras intenciones y tétricos planes para nuestras hijas. Al primero quizá, se le pueda convencer de su error.